



"Me llamo Bond... James Bond"

Manuel Ariza Canales

26 de mayo: a cien años del nacimiento del creador del Agente 007, con licencia para matar y seducir

John Fitzgerald Kennedy y Lee Harvey Oswald tenían una cosa en común: ambos eran apasionados lectores de las novelas de James Bond. El mítico, católico y malogrado presidente norteamericano las tenía siempre en su mesilla de noche y declaró que *Desde Rusia con amor* sería una de las diez obras que hubiese salvado ante la perspectiva de un ataque nuclear (eso y un frasquito de Chanel nº 5, supongo). Los registros de la biblioteca de Dallas dan fe de que su eternamente presunto asesino había tomado prestada, en sucesivas ocasiones, toda la colección de 007.

Dije de las novelas de James Bond, cuando, en realidad, debería haber dicho de Ian Fleming. Pero, quizás, en ningún caso como en éste, el personaje haya eclipsado tanto al autor; ni siquiera Sherlock Holmes aniquiló tan contundentemente a Conan Doyle. Lástima, porque Fleming, además de crear uno de los iconos más duraderos de la cultura popular contemporánea, fue un tipo realmente interesante.

El segundo hijo del matrimonio Fleming nació el 26 de mayo de 1908, en el número 7 de Green Street, Londres. Valentine, su padre, fue elegido miembro del Parlamento en representación de South Oxfordshire, y la familia al completo (Eva, la madre y otros tres chicos) se mudó a una aristocrática mansión en Hampstead Heath. En su pupitre del colegio, entre cuadernos y libros de texto de la época, el joven Ian empezó a guardar también las novelas de John Buchan, Sax Rohmer y Robert Louis Stevenson.

El 20 de mayo de 1917, Valentine cayó abatido en uno de los campos de batalla de la I Guerra Mundial. Winston Churchill redactó para *The Times* la sentida necrológica de su querido amigo. Ian siempre la guardaría enmarcada y cerca de sí.

Junto a sus hermanos, fue alumno de Eton, donde destacó más en las pistas de atletismo que en las aulas. Después, también estudió en Munich y Ginebra. Pasó fugazmente por la academia de Sandhurst y tampoco logró ingresar en el Ministerio de Asuntos Exteriores. En lugar de eso, consiguió que le adjudicasen la corresponsalía de la agencia Reuters en Moscú. Se entretuvo mucho cubriendo los dramáticos juicios por espionaje puestos en escena por el paranoico terrorismo del Estado estalinista. Enviaba sus crónicas desde Rusia con horror y cierto puntillo de humor negro británico. En 1933, estaba de vuelta en Londres, ganándose la vida como agente de bolsa. Al estallar la II Guerra Mundial pudo, por fin, jugar en serio a ser espía (o casi). Fue nombrado asesor del jefe de inteligencia naval. De algo le iban a servir a la patria sus viajes y su dominio del alemán y el ruso.

En los servicios secretos de la Armada, Fleming desempeñó su tarea con una desenfadada concentración, un cauteloso entusiasmo y una curiosidad que le permitieron conocer a fondo los entresijos de esa guerra de sombras que estaban desempeñando y ganando los espías aliados.

Desde la célebre habitación 39 de la central del Almirantazgo, nuestro escritor en ciernes ideó los más estrambóticos planes; algunos de los cuales, por raros e inesperados, dieron el resultado apetecido: irritar a los alemanes y sembrar el desconcierto entre sus filas.

Ya se sabe que el mejor estratega es aquel que encuentra siempre la solución más improbable: y para eso hace falta tener la imaginación de un loco genial. De hecho, y en la actualidad, la CIA tiene en nómina a algunos de los mejores equipos de guionistas de Hollywood, con el propósito de que planeen atentados terroristas y poder así anticiparse a cualquier insólita y apocalíptica jugada.

Una de las hipótesis con las que trabajó, consistía en prepararse para una eventual invasión alemana de Gibraltar a través de España. A la posible operación de defensa del Peñón, se la denominó 'Golden Eye'. ¿Les suena de algo?

Cuando la guerra tocaba a su fin, Fleming descubrió su paraíso particular. Acudió a Jamaica para participar en una conferencia naval. Y le gustó el sitio más por lo que no tenía (violencia, miseria, dolor, racionamiento) que por lo que tenía (playas, ron recién destilado, belleza, inocencia...). La casa que el primerizo escritor, aún inédito, adquirió en la isla, era sencilla, pero confortablemente británica. Y, desde entonces, su vida transcurrió entre dos islas: la propia Jamaica y su Gran Bretaña natal.

Curiosamente, la primera aventura de James Bond en llegar a las librerías ha sido, de momento, la última en convertirse en largometraje cinematográfico (un taquillazo que, contra todo pronóstico, ha fulminado la recaudación de anteriores entregas). ‘*Casino Royale*’ se publicó el 13 de abril de 1953. Y en ella aparece Versper Lynd, bella y pérfida agente doble que se suicida a la mañana siguiente de haber tenido relaciones sexuales con nuestro James (¿tan descomunal fue el gatillazo?), marcando el turbio e irresistible perfil de la *chica Bond*.

Y llegados a este punto, ¿no sería interesante que comparásemos la biografía del creador con la de su criatura? ¡Oh, sí! ¡Magnífica idea! Procedamos, pues, sin más dilación.

El agente 007 en formato literario, tiene todavía el sesgo sombrío y canallesco de un héroe de novela negra clásica; un aura de sombrío y duro romanticismo que se esfumó durante la mudanza a la gran pantalla. Por lo demás, permanecerá en esa edad indefinida, en torno a los treinta y cinco años, que supone el justo punto de maduración del atractivo masculino. Mide un metro ochenta y tres; pesa 76 kilos. “Los ojos en la enjuta cara bronceada son de un clarísimo gris azulado y gélidos, vigilantes. Estos ojos semi-cerrados y en guardia dan a su rostro una peligrosa, casi cruel cualidad. Es un hombre guapo; con la expresión de quien se siente perfectamente en forma; duro”. Su sangre fría en los momentos difíciles sólo es comparable a su resistencia física frente a las condiciones más adversas y el dolor.

No obstante, su equilibrio psíquico, cual castillo de naipes, se viene abajo entre misión y misión: como si no pudiese soportar esos intermedios de vida relativamente normal, como si le sobreviniese un fiero síndrome de abstinencia. Adicto a la adrenalina, suple su carencia durante sus mínimas vacaciones con elevadas dosis de alcohol y mal humor.

Algún informe se ha filtrado acerca de su pasado. Su padre era un escocés que representaba en el extranjero a la firma Vickers, su madre era suiza. Ambos fallecieron mientras practicaban el alpinismo en Chamonix. A partir de entonces, el pequeño James vivirá y se educará junto a su tía Charmian, en las cercanías de Canterbury. A los doce años, ingresa en Eton, de donde será expulsado por intimar demasiado con una camarera. La tía echa, entonces, mano de su agenda, y encuentra en ella las direcciones de personajes lo suficientemente influyentes como para conseguir que el chico sea admitido en Fettes; colegio donde a la excelente preparación académica, se suma una obsesión por el deporte y la formación física que convierte a sus alumnos en mentes brillantes dentro de cuerpos poderosos. El joven Bond se alzaría con el campeonato de boxeo juvenil y será uno de los primeros europeos en practicar judo, disciplina marcial por aquel entonces absolutamente novedosa. Entró en la marina a los diecinueve años y, durante la guerra consiguió llegar a comandante. De allí al Ministerio de Defensa...

¿Su dirección? Bond, entre viaje y viaje, recalca en un apartamento coquetamente masculino, situado en los elegantes alrededores del Kings Road londinense. Una anciana ama de llaves escocesa se lo cuida.

¿Sus aficiones? Bueno, digamos que son las propias de un pijo británico: esquía, juega al bridge y a la ruleta, practica el golf (handicap 9), nada y bucea con el desparpajo de un flemático tarzán, conduce con pericia, domina varios idiomas extranjeros (aunque, como buen racista, detesta tener que hablarlos; lo cual casi nunca es necesario, porque, hasta los soviéticos más siberianos y carpetovetónicos o cualquiera de los malvados y amarillentos herederos de Fu Manchú chapurrean un aseado inglés)... Mejor omitir, discretamente, la opinión que le merecen los oriundos de cierta península mediterránea a los que Bond parece no perdonar que, *piano piano*, hayan conseguido arrebatarnos a los *gentlemen* el patrimonio de la elegancia *varón dandy*: “Italianos inútiles para todo, que llevan camisas bordadas y pasan el día perfumándose y comiendo espagueti”. Los españoles no existimos para 007, menos mal. Décadas después, Pierce Brosnan estará a punto de despachurrarse sobre el Guggenheim de Bilbao; lo cual hubiera puesto muy difícil la explicación de su necesaria supervivencia (porque, a ver cómo hubiese podido caer sobre una superficie mínimamente acogedora). Pero esas son otras películas, otras guerras perversas y frías.

Pero lo mejor del agente es su capacidad para hacer publicidad y vender. No voy a citar marcas, hasta ahí podíamos llegar. Harto conocido es que la películas de Bond ya están amortizadas antes de su estreno por compañías o ciudades cuyos productos, bellezas y bondades aparecerán descaradamente en la gran o mediana pantalla. Cada una de esas películas podría contemplarse como un largo y espectacular spot publicitario.

Pero, ¿quién es a fin de cuentas 007? Seamos claros: no es más que un obediente y sumiso agente al Servicio de su Graciosa Majestad (es un decir). Una llamada de M. y deja lo que esté haciendo, aunque sea el amor con la más sofisticada Top Model, para acudir como un corderillo a la espera de que le envíen a un matadero del que, por supuesto, tanto él como nosotros sabemos que saldrá vivo y casi sin despeinar.

Sigue mirando y leyendo en:

<http://manuel-diasintensos.blogspot.com>

<http://vidasdeescritores.blogspot.com>